

Emilio J. Justo. *Espiritualidad y política. Aproximaciones desde la pneumatología*. Santader: Sal Terrae, 2024, 200 pp. ISBN: 978-84-293-3227-8.

Si nos acercamos a una librería especializada, suele ser frecuente que, en los anaqueles destinados a la espiritualidad, nos encontremos de todo: desde clásicos de la espiritualidad cristiana hasta libros de autoayuda... Es la realidad de nuestro presente, donde algunas cuestiones corren el riesgo de cierta indefinición, pero donde también se constata un sincero y amplio ámbito de búsqueda. Por suerte, no es el caso del libro que nos ocupa. El ensayo del profesor Emilio J. Justo es un acercamiento sugerente, vivo y reflexivo que conjuga esa preocupación y conocimiento de la espiritualidad cristiana y el compromiso concreto en nuestro mundo presente. Es un trabajo asequible para cualquier persona interesada, sin perder la seriedad de una reflexión teológica y, al mismo tiempo, la preocupación por generar esa búsqueda de conocimiento que también lleva al individuo a la búsqueda de un compromiso serio.

El libro comienza por acercarnos a qué es la espiritualidad cristiana, su fundamentación, que el autor ubica perfectamente en una relación personal con Dios, en una experiencia de encuentro con el Dios de Jesucristo. Dicha experiencia necesita ser identificada, pues el Espíritu, que es el actor de la misma, genera vida, libertad, comunión, futuro. Inmediatamente remite la dinámica de dicha evolución, que refiere a una espiritualidad trinitaria, puesto que “tiene su fuente en la experiencia de ser amados por Dios y de vivir su alegría sobre cada ser humano” (p. 39), lo que se concreta en la Iglesia, desde la comunidad y en la fraternidad, pero que también se expresa en una relación personal con Jesús, con el Padre y con el Espíritu, en una dinámica de relación personal. De manera concisa, pero sugerente, refiere a la relación de la espiritualidad con la teología, poniendo de manifiesto que la teología es ya una búsqueda y deseo de Dios. Y, de ahí, que ella misma sea también fuente de espiritualidad.

En el segundo capítulo el autor pone en relación al Espíritu Santo y la existencia cristiana, lo que concreta en la descripción de algunos elementos fundamentales de la existencia cristiana: la conversión, el bautismo, la alegría y la misión. Resulta particularmente atractiva la referencia a la alegría, quizás porque la comprensión clásica de ascética y mística no dejaba mucho espacio para este tipo de lecturas. Y, como señala el autor, “la alegría está directamente conectada con el Espíritu; es un don suyo” (p. 85); más adelante explicará que no se puede conseguir por uno mismo, sino que es una experiencia que viene de otro y que tiende a comunicarse, de tal

suerte que es un don que se recibe y, al mismo tiempo, una experiencia que se comparte, trabajando por la felicidad de otros.

En el capítulo tercero se adentra en el dinamismo espiritual del cristiano, entendiendo por ello esa fuerza creativa que el Espíritu infunde en el mundo. El autor, en unas breves líneas de introducción, explica claramente “en qué consiste la vida teologal y profundizar en ese dinamismo espiritual propio de la existencia cristiana” (p. 93). Es precisamente ese dinamismo el que impulsa y hace posible esa vida, pero no como si de algo automático se tratara, pues el dinamismo sigue la lógica del don, que se expresa particularmente por medio de la fe, la esperanza y el amor que, como dirá Justo, “se trata de capacidades y actitudes que conforman la vida cristiana en su respuesta al don de Dios” (p. 98), ya que, ellas mismas, refieren a la vida que el Espíritu conforma con Jesús. Y, al mismo tiempo, en ellas se expresan las dimensiones y actitudes que engloban toda la vida cristiana. En este sentido, es la creatividad de la fe la que da forma a la propia existencia cristiana y ayuda a descubrir cómo vivirla y transmitirla a otros. No hay duda que “el hombre es un ser de esperanza, porque lo que espera es su plenitud vital” (p. 109). Justo pone de manifiesto cómo la forma cristiana fundamental es el amor, que da sentido y fundamento al dinamismo espiritual del creyente, que pasa por la conciencia de dicho don, la experiencia de ser amado y la apertura a la compasión. Una compasión que, en cristiano, se expresa también con el término misericordia, con todo lo que implica salir del propio interés, puesto que la misericordia lleva necesariamente a comprometerse con los que sufren. Después de poner esto de relieve, el autor a renglón seguido señala cómo esto requiere de la verdad y la justicia. Tema crucial ayer y hoy. Cierra este capítulo con una reflexión concisa acerca de la belleza de la vida cristiana, algo profundamente sugerente, pues no estamos acostumbrados a insistir en esta comprensión. Para Justo, la belleza de Jesús impulsa al creyente a buscar una vida compuesta también por esos rasgos bellos. De alguna manera, vuelven aquí ideas que han sido esenciales en los capítulos y secciones anteriores, para afirmar que “creer, esperar y amar hacen bella la vida humana, porque la llenan de una fuerza que renueva y alegra” (p. 127). Sin olvidar que el sentido último de esa belleza se encuentra en el Espíritu que promueve la belleza del vivir cristiano al tiempo que genera obras bellas en el mundo.

El último capítulo nos adentra en lo que el autor denomina “teología política”. En una primera impresión pareciera como si cambiáramos de contexto. La cuestión tiene lógica, pues se trata de tomar conciencia de cómo todo lo relativo al gobierno, a la organización social y cívica tiene también que ver con la existencia cristiana.

Justo nos acompaña en una progresión en la que repiensa y reflexiona algunos aspectos esenciales de la política. Siguiendo esta lógica, comienza por ver cómo dialogan esas dos realidades: espiritualidad y política, considerando que lo espiritual no se opone a la política ni se desentiende de la vida social, sino que compromete a construir una sociedad más justa, buena y bella. Esto se refleja también por medio de la creatividad del Espíritu que integra, a un mismo tiempo, la libertad personal y la solidaridad humana, promoviendo así la libertad y creatividad de los hombres. Lógicamente, después se introduce en los vericuetos de la libertad y su concreción en la democracia: espiritualidad, debilidad, resorte ético, libertad y seguridad. Se trata de una sugerente reflexión, que intenta poner en su lugar ese complejo equilibrio social en el que hoy nos encontramos, donde lo religioso queda para los ámbitos de lo privado. Dando un paso más, en el apartado siguiente estudia también la relación entre personalidad y solidaridad, entendiendo que estos dos elementos son inseparables. Y, en este sentido, abordando el problema del nacionalismo, que tanto conflicto ha generado y genera en las sociedades, el autor afirma que la pneumatología puede ofrecer criterios para repensar este problema; todo ello desde la idea de que el Espíritu Santo es el que garantiza lo propio y particular. Lo interesante es que es el Espíritu quien protege las diferencias, al tiempo que ayuda a integrarlas en lo común y propio, sin perder lo diferente. Concluye este capítulo abordando el tema de la reconciliación, que tanto tiene que ver con la opción cristiana de vida, pero que es también una necesidad social, mirando al pasado a reconciliar y promoviendo formas nuevas para el futuro. Con acierto, después de este recorrido necesario, aunque no siempre fácil, el capítulo se cierra con una concisa conclusión donde se vuelve sobre las ideas fundamentales, que bien pueden ayudar a promover dinámicas de acción creyente en medio de nuestra sociedad.

No hay duda que estamos ante un ensayo sugerente y provocador, que puede ayudar a recuperar esa necesaria coherencia entre aquello que creemos y cómo lo vivimos en nuestro mundo. Así lo afirma Emilio J. Justo en la conclusión: “El cristianismo propone una espiritualidad con contenido vital, centrada en la personalización, la palabra, el encuentro con otro, el amor personal” (p. 186).

Miguel Anxo Pena González
Universidad Pontificia de Salamanca